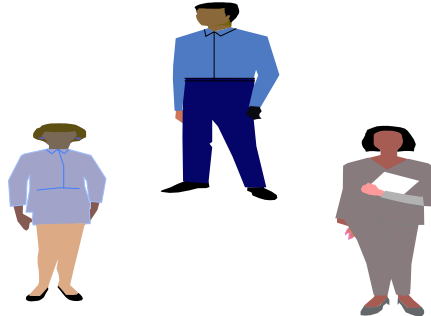


**Autor:**  
**Roberto Palomares González**

## LA DECISIÓN FINAL



- ¿y bien? ¿Podemos platicar ahora? – preguntó Luis a su esposa –
- Espera a que los niños duerman – respondió Laura –

La situación en esos momentos era tensa, ambos constituían un matrimonio de doce años, con conflictos y reproches mutuos que hacían inminente la separación; atrás quedaba toda una historia de amor, rota y marchita por las vicisitudes de la vida.

Mientras Laura se dirigía a la recámara de sus hijos, Luis formaba en su pensamiento, imágenes de su matrimonio, cuando todo era felicidad...

Recordaba nítidamente, el día que conoció a Laura. Era aniversario de la empresa donde él laboraba; la fiesta estaba en su apogeo cuando la vio, acompañada de Carmen, su secretaria.

Se veía tan bella con su vestido negro entallado, que hacía resaltar su cuerpo esbelto, lo adornaba con una rosa a la altura del corazón.

Su porte distinguido se acentuaba con la sencillez que lucía el collar de perlas que adornaba la suavidad de su cuello. Su dulce mirada, se correspondía con el color miel de sus ojos. Su belleza parecía sacada de un cuento de hadas; su hermosura no atentaba con la sencillez de su trato.

Esa noche fue el inicio de una relación de tres años, la convivencia fue acrecentando el amor entre ambos y la identificación fue tanta y el deseo de compartir la vida se hizo manifiesto, que culminó en el matrimonio. El primer hijo, llegó al tercer año de casados y fue el momento máximo de la vida en pareja.

El segundo fruto de su unión, fue una tierna niña, cuyo nacimiento fue complicado por una insuficiencia respiratoria, lo que le había provocado un daño cerebral...

- Los niños ya están dormidos – interrumpió sus pensamientos  
Laura, al regresar de la recámara-
- En rea... en realidad... – dice Luis titubeante - no encuentro la forma de abordar este asunto...
- No te detengas – responde con seguridad y aplomo, Laura, que siempre se había distinguido por la firmeza de su carácter – si está decidido, por nosotros no te detengas.

- Lo siento mucho, Laura – dijo Luis, rehuendo la mirada de Laura – lo nuestro no puede continuar, me falta motivación para seguir viviendo con ustedes... y luego está la niña...
- ¡A la niña no la mezcles en esto! – lo interrumpió con energía y coraje, Laura – seamos maduros para reconocer nuestros errores sin lastimar a nadie.
- Si encontraste en otra mujer, las motivaciones que aquí te faltan, no provoquemos un daño mayor a nuestros hijos, que el de la separación. Afortunadamente, mi cariño y posición económica son suficientemente sólidos para salir adelante en la vida – continuó diciendo, con gran dignidad, Laura –
- Me comprometo en apoyar económicamente a los niños; y espero que algún día me puedas perdonar – señaló Luis, como despedida.
- Lo que los hijos esperan de sus padres, es cariño, no dinero, Luis...y por favor vete ya, sin despedirte de los niños – contestó Laura - consciente de que la serenidad y aplomo mostrados, ocultaban el gran dolor y sufrimiento por la separación.

Luis, a los cuarenta y cinco años de edad, conoció a Elizabeth, una joven de veintiocho años. Su figura esbelta y bien proporcionada; su pelo largo y ondulado, color castaño; la mirada profunda de sus ojos

negros y la sonrisa seductora que se dibujaba en su rostro; causó gran impacto en Luis desde el primer momento.

Estaba en un restaurante-bar de la colonia Alameda, al verla sola, con seguridad la abordó; la personalidad de Luis y sus finas atenciones, le abrieron el camino a un acercamiento más íntimo.

Después de tomar varias copas de champaña, la invitó a bailar. El contacto de sus cuerpos, la influencia del alcohol en sus cerebros, el ambiente romántico del lugar, con la música de Roberto Carlos y las palabras sugerentes, musitadas quedamente en el oído, vencieron la resistencia inicial de Elizabeth.

La noche en el hotel y las relaciones posteriores, fueron consecuencia lógica de la atracción física y casi animal, que ejercía Elizabeth en Luis, que hicieron de él un esclavo; servil y sumiso a los mandatos de ella.

Todo esto originó un cambio en Luis. El rechazo a su familia era el sello distintivo de su relación. Las horas felices con Laura y sus hijos, se iban convirtiendo en un peso para él, ya que su pensamiento estaba con Elizabeth, y grande era su deseo para estar entre sus brazos.

Después de la separación, y arregladas las condiciones del divorcio. Luis se dirigió al departamento que había rentado para vivir con Elizabeth.

Abrió la puerta y lo recibió el silencio. Extrañado, puesto que normalmente salía a recibirlo Elizabeth y lo cubría de besos; se dirigió a la recámara y sobre el buró miró el mensaje.

Un sudor frío recorrió su cuerpo; una leve agitación en las piernas y el temblor de sus manos, demostraban la inquietud y tensión al leer las líneas escritas recientemente...

Ya no pudo seguir hablando, la tristeza le formaba un nudo en la garganta. Con pasos torpes, se dirigió al clóset, abrió lentamente el cajón superior, que ocultaba la puerta corrediza; tomó una pistola escuadra calibre 38 súper; el brillo del metal pavonado adquirió mayor intensidad al reflejarse en sus húmedos ojos; la miró fijamente y por largo rato la acarició...